

El teatro español de fin de siglo

Santiago Trancón

Presentación

¿Es posible una *aproximación crítica global* al teatro español contemporáneo? El simple propósito de analizar un fenómeno tan variado, complejo y contradictorio, ¿no es una pretensión abocada al fracaso?

Estas preguntas, inevitables, requieren algunas aclaraciones previas. Digamos, para empezar, que no ha sido nuestra intención realizar un análisis descriptivo de las múltiples formas y formatos, caras y máscaras de una práctica artística que, por su propia naturaleza, vive de la heterogeneidad y la diversidad de géneros, estilos, temas, gustos y públicos. No niego la necesidad de este tipo de estudios taxonómicos y cuantitativos (que afortunadamente están empezando a realizarse en nuestro país¹), pero es evidente que no es esta revista el marco adecuado para presentar tales trabajos de investigación.

Nuestra intención ha sido, por tanto, mucho más humilde, pero no por ello menos rigurosa y exigente. Hemos querido realizar un análisis de la situación teatral de nuestro país desde perspectivas parciales (la del autor teatral, el director, el actor y el responsable político), pero teniendo en cuenta siempre el fenómeno teatral en su conjunto, atendiendo no tanto a elementos geográficos o estadísticos, sino a criterios significativos, indicadores de tendencias, procesos o estados más o menos consolidados. El punto de vista de los artículos presentados es, por lo mismo, necesariamente personal, pero lo suficientemente abstracto y general como para que su contenido (fruto de la reflexión y la práctica teatral que, durante muchos años, han llevado a cabo sus autores), adquiera un valor diagnóstico y orientador, asumiendo plena y responsablemente una función crítica y valorativa.

La proximidad del fin de siglo y el nacimiento de un nuevo milenio no son más que un pretexto (acaso excesivo, por su inevitable pretenciosidad)

¹ Es de destacar la importante labor del Centro de Documentación Teatral del Ministerio de Educación y Cultura que ahora vuelve a ponerse en marcha, así como los proyectos de investigación iniciados por algunas universidades y por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

para realizar estas reflexiones, que no aspiran más que a servir de clarificación y estímulo a una práctica artística milenaria que, pese a todas las vicisitudes y crisis por las que ha pasado a lo largo de los últimos cien años, sigue estando viva y presente en nuestra cultura, interesando y apasionando a un público que en modo alguno puede considerarse minoritario. Somos conscientes de que un trabajo de este tipo, por sus limitaciones, da lugar a malentendidos y críticas, pero bastará con que suscite cierto interés e incluso controversia para sentirnos sobradamente satisfechos.

Una nueva época

En 1975, con la muerte del dictador Franco, se inicia una nueva etapa histórica en nuestro país. Después de unos años de indecisión y transición, la normalidad democrática poco a poco se fue imponiendo en todos los órdenes de la vida cultural y social. No quiere decir esto que los hábitos, estructuras y poderes del pasado desaparecieran de repente, pero sí que se sentaron las bases de un cambio profundo, no sólo en el ámbito político, sino cultural, social y educativo.

Por lo que respecta al mundo artístico y al del teatro, la peripecia de la transición, los cambios políticos, económicos e ideológicos, no podían dejar de afectarlo radicalmente. Sabemos que el orden simbólico o representativo no evoluciona al mismo ritmo que los cambios políticos y económicos, sino más lentamente, sobre todo en lo que se refiere a sus esquemas y su sintaxis. No obstante, en situaciones históricas como la de un cambio de sistema político como el nuestro, las transformaciones simbólicas son más rápidas, pues deben ser sustituidos los referentes de la identidad colectiva, los factores de cohesión social, y la canalización de los enfrentamientos sociales y de grupo debe construir nuevas vías.

El teatro llegó a ocupar, en los últimos años del franquismo, un lugar destacado en lo que se refiere a la manifestación pública de la oposición y lucha contra el régimen y en el resurgir de nuevos valores, ideas y comportamientos progresistas, lo que favoreció un impulso extraordinariamente creativo que dio lugar al llamado teatro independiente. Será precisamente este teatro el que primero sufra una crisis provocada por los cambios políticos iniciados en la transición democrática. Paralelamente, el llamado teatro comercial tradicional, iba a padecer también una crisis específica, ligada al cambio o la desaparición de cierto público muy identificado con los valores y gustos del franquismo. Frente a ambos fenómenos, va a surgir la necesidad de crear un verdadero teatro público, hasta entonces prác-

ticamente inexistente, lo que, de forma indirecta, iba a agudizar la crisis de teatro independiente y del teatro comercial o privado.

Panorama actual

Fruto de todos estos cambios, el panorama actual del teatro parece que se ha adaptado ya a las transformaciones sociales derivadas de la transición democrática: subsiste un teatro comercial tradicional, aunque muy reducido; ha surgido un potente y nuevo teatro comercial, ya desligado por completo de la estética y los gustos del pasado; el teatro independiente desapareció en gran parte, pero ha pervivido de él posiblemente lo mejor, cambiando sus estructuras pero manteniendo lo esencial de los presupuestos estéticos e ideológicos; han aparecido multitud de grupos y cooperativas, muchas de ellas de ámbito autonómico; el teatro público se ha afianzado y extendido a través de las autonomías y sus *Centros Dramáticos*; se ha consolidado un nuevo fenómeno, el llamado teatro alternativo o de salas alternativas, de gran importancia.

Desde el punto de vista de las estructuras de producción, difusión, distribución y exhibición, parece que el teatro ha entrado también en cierta normalización, adaptándose cada vez mejor a las exigencias del mercado y el consumo cultural de nuestros días, plural, variado y competitivo. Muy importante en este sentido ha sido el apoyo estatal a la creación, remodelación y modernización de las infraestructuras de locales y teatros de todo el país.

El teatro de la época democrática en nuestro país debe abordarse desde la perspectiva de la complejidad de manifestaciones, estilos, autores y públicos que el teatro alcanza en las sociedades democráticas avanzadas. La elevación del nivel económico, educativo y cultural lleva consigo una mayor diversificación de los gustos, los públicos y las expresiones de ocio y de creación artística. La evolución de nuestro teatro durante estos últimos veinte años no parece haber hecho otra cosa que adaptarse a las condiciones sociales, económicas y culturales de la nueva sociedad española, siguiendo un curso hasta cierto punto natural y homologable al de otros países. El cambio, desde una perspectiva histórica, ha sido espectacular. Pese a las numerosas deficiencias y limitaciones todavía existentes, es necesario y justo el destacar la importancia e irreversibilidad de estos cambios.

Un campo en el que todo esto parece evidente es en lo que se refiere a la profesión teatral, donde las transformaciones han sido notables. Hoy pode-

mos decir que, a pesar de múltiples problemas todavía no resueltos, el sector teatral está social y profesionalmente organizado y normalizado, al menos en sus estructuras básicas. Directores, autores y actores tienen sus propias asociaciones, con publicaciones, reuniones, congresos, premios y medios de proyección, defensa y cooperación bastante consolidados. Otro tanto va ocurriendo con las salas alternativas y otras iniciativas relativas a grupos, compañías, redes de teatro, encuentros, etc. Claro está que a muchos les parecerá todo esto insuficiente, pero no creo que podamos achacar a la falta de estructuras sociales los problemas existentes en la profesión teatral.

Todos estos rasgos positivos se refieren al fenómeno teatral considerado desde el punto de vista de su estructura y funcionamiento productivo, su organización y presencia social, la infraestructura de locales, las redes de difusión, autonómicas y nacionales, el número de espectadores, etc. No cabe duda de que éste es un aspecto importante y sintomático de la vida del teatro, de su influencia social y cultural. Pero no debemos olvidar que estos datos no hacen más que referencia a un aspecto del teatro, y poco nos dicen acerca de lo que aquí de verdad nos interesa, su contenido creativo, su interés estético, la calidad de sus textos y autores, la recepción del público.

Vamos a analizar a continuación alguno de los aspectos básicos que definen el panorama actual del teatro español a la altura de este fin de siglo.

Pugnas por el poder: primeras paradojas

El teatro es un arte colectivo. Esta afirmación, pese a su evidencia y radicalidad, está sometida a contradicciones y paradojas casi insolubles. Es arte colectivo, pero requiere la creatividad *individual* de todos sus participantes, incluido el público. Es creación colectiva, pero cada uno es y debe hacerse responsable de su trabajo. ¿Quién manda? ¿Hay jerarquías, relaciones de poder? ¿Debe haberlas?

Un diagnóstico de cualquier situación teatral debe abordar los problemas que estas preguntas generales plantean, porque de su clarificación depende que seamos conscientes o no del marco básico de «relaciones internas de producción» en que esta práctica artística se desarrolla. Son esquemas de relaciones previos que van a condicionar el trabajo colectivo, inclinándolo hacia un sentido u otro, determinando en gran parte los resultados artísticos generales.